

lados, ¿ con cuanta más razón no debemos tener fija la mirada de nuestra alma en Aquel, que, según la frase de David, sondea los corazones? El mismo Profeta nos enseña con su ejemplo á no separar de Dios nuestro pensamiento durante la oración, cuando dice: *Siempre he tenido los ojos elevados al Señor*¹... *he tenido siempre al Señor ante mis ojos.*

4º Señala el mismo Santo en sus Ascéticas las horas del día y de la noche en que deben reunirse los religiosos para celebrar los divinos oficios, y el fervor y el gusto con que deben entregarse á este santo ejercicio. « No hay tiempo en la vida, dice, que no deba destinarse á la oración; pero como es necesario interrumpir la salmodia y las genuflexiones, deben observarse las horas que los Santos nos han prescrito para la oración. David decía²: *Me he levantado á media noche, para alabaros, ó Dios mío En la tarde, en la mañana y al medio día meditaré y oraré con fervor.* Se dice en los Hechos apostólicos, que el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos á la hora tercera del día, y la hora de Nona se consagra á la memoria de la Pasión de nuestro señor Jesucristo. Más como diga David que ofrecía al Señor alabanzas siete veces al día, y los tiempos de que acabamos de hablar no llegan á este número misterioso, preciso es dividir en dos partes la oración del mediodía, haciendo una ántes de la comida, y otra despues. »

Esta distribución de las horas canónicas está marcada más extensamente en las grandes reglas del Santo. « 1º Por la mañana pedimos á Dios que nos conceda consagrarle los primeros movimientos de nuestra alma, y ocuparnos en nuestros respectivos oficios despues de haber

¹ Ps. xxiv, 10.

² Ps. xv, 8.

encontrado nuestras delicias en pensar en él. 2º Volvemos á la oración á la hora de tercia, y nos congregamos todos los hermanos, aunque estemos en parajes retirados, para traer á nuestra memoria los dones del Espíritu Santo que en esta hora recibieron los Apóstoles, y para hacernos dignos de participar de ellos. 3º En seguida vamos al trabajo, y nos reunimos nuevamente á la hora de sexta para orar, y recitamos el salmo XC, para que Dios nos libre de toda caída y de las embestidas del demonio meridiano. 4º Sebemos por la lectura de los Hechos de los Apóstoles, que san Pedro y san Juan subieron al templo para asistir á la oración que se hacía á la hora de Nona, y nosotros nos conformamos á esta práctica. 5º Cuando ha concluido el día, damos gracias al Señor por los beneficios que hemos recibido de su bondad durante el día: examinamos nuestra conciencia para reconocer los pecados que hemos cometido, y pedimos al Señor que nos perdone. Este exámen bien practicado es un medio muy eficaz para no caer en nuevas faltas: *De lo que decis en vuestros corazones, decía David, compungios en vuestros lechos*¹. 6º Al empezar la noche, debemos pedir á Dios que nos preserve de las ilusiones del demonio, y que tomemos el descanso sin tentación ni escándalo, para lo cual repetimos el salmo XC, que ya habíamos recitado á la hora de sexta. Sebemos por san Pablo y Silas, que la media noche es también hora de oración, y por eso la hacemos imitando su ejemplo. Por último, nos levantamos muy de mañana para orar, á fin de que no nos sorprenda el día dormidos. *Mis ojos se adelantaron hacia tí, decía el real Profeta, de madrugada para meditar tus palabras*².

Observa Hermant en sus notas sobre las *Ascéticas* de

¹ Ps. iv, 5.

² Ps. cxviii, 148.

san Basilio, que lo que acabamos de decir de este Santo es uno de los más ilustres monumentos de la antigüedad en favor de las horas canónicas y del oficio eclesiástico. Ya hemos hablado de esta materia, refiriendo lo que acerca de ella dice Casiano en sus Instituciones; pero debemos hacer constar que, aún cuando san Basilio habla de la oración de la mañana y ántes de la aurora, ésta oración es diferente de la de Prima, que no estaba todavía en uso en los monasterios del Ponto, y que tuvo principio en el de Palestina, en que fué educado Casiano, y de donde pasó su uso á los demás monasterios.

La excelente práctica de levantarse á media noche para cantar las alabanzas divinas, era observada por todos los religiosos y religiosas, y en este sentido habla de ella san Gregorio Nacianceno « ¿ No veis, dice, como los hombres y las mujeres pasan las noches en las vigiliyas y en la salmodia, sin cuidarse de las necesidades de sus cuerpos? Fijad vuestra atención en esa multitud innumerable de santos y santas, en esas asambleas de tantas personas consagradas á Dios, en esos coros angélicos que á veces cantan unidos, y á veces alternativamente, y que, guardando riguroso orden, cantan continuamente las alabanzas del Señor. »

4º Se encuentran también en las Reglas de san Basilio algunas instrucciones relativas al oficio divino, y que no debemos omitir: 1ª Es muy conveniente variar las oraciones y los salmos, porque la uniformidad hace que no se impresione el alma, y que se distraiga; mientras que la variedad de la salmodia inspira nuevo fervor y mayor recogimiento. 2ª Si en el tiempo en que los religiosos del monasterio se congregan para la oración y la salmodia, se halla alguno ausente ú ocupado en obras que le impidan la asistencia á estos actos de comunidad, está obligado á practicarlos en particular, sin que pueda dispensarse con ningún pretexto. Lo cual demuestra la obligación que

tenían de recitar el oficio divino, aunque no asistiesen á coro. 3ª Cuando se asistía á la oración común, debía perseverarse en ella, y no fijar la atención en las pequeñas incomodidades que proporciona, pues lo contrario causa perjuicios al alma. 4ª Debía guardarse silencio en el monasterio durante el tiempo de la salmodia, aún por aquellos que estaban encargados de oficios que no les permitian asistir al coro, debiendo únicamente hablarse cuando hubiese una necesidad absoluta, y esto con mucha discreción. 5ª Pregunta el Santo si deberá obligarse á cantar las alabanzas divinas á una religiosa que lo rehusa, y responde en estos términos: « Si no se porta con celo en la salmodia, si no tiene las mismas disposiciones en que se hallaba David cuando decía: ¡ *Cuán dulces son tus palabras á mi paladar, más que la miel á mi boca* ¹! : si no está persuadida de que no puede interrumpir este ejercicio sin causar grandísimo detrimento á su alma, es preciso corregirla ó separarla de la comunidad. » Queriendo, por último, este gran Santo enseñarnos el espíritu de piedad con que debemos cantar el oficio divino, pregunta: ¿ que significan estas palabras de David: *Cantad con sabiduría*? y responde: « La sabiduría y la inteligencia son para las sagradas Escrituras lo que que el gusto es para la comida. Aquellos, pues, que sienten conmovida su alma por la fuerza de cada una de sus palabras, como el que come experimenta satisfacción á cada bocado, realiza lo que desea David, cuando dice: *Cantad con inteligencia y sabiduría* ».

§ X. — *De la Santísima Eucaristía.*

1º Preguntando san Basilio, si es necesario celebrar las asambleas eclesiásticas, es decir, los santos Misterios en

¹ Ps. cxviii, 103.

las casas particulares, responde en estos términos : « Las mismas razones, por las cuales no es lícito usar de vasos profanos en el Santuario, prohíben celebrar los santos Misterios en las casas particulares. En el antiguo Testamento no lo permitía Dios, y Jesucristo dice : *Aquí está el que es mayor que el templo* ¹. Lo cual nos enseña que no debemos deshonorar la Cena del Señor, recibéndola en nuestras casas, á no ser en caso de absoluta necesidad, y aún en este caso debe escogerse un lugar decente y cual conviene á la santidad de este misterio. »

2º Pregunta el Santo, con que plenitud de fé y de celo deben recibirse el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y responde : 1º Que el Apóstol nos enseña con cuanto temor debemos acercarnos á la sagrada Mesa, cuando dice : *El que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio* ². 2º Nuestro espíritu debe estar plenamente convencido de la verdad de este misterio, creyendo firmemente las palabras de Jesucristo, que dice : *Este es mi cuerpo, que ha sido entregado por vosotros : haced esto en mi memoria*. 3º Cuando el alma ha creído estas palabras y otras semejantes de las sagradas Escrituras, conoce de una parte la grandeza y la majestad de la gloria de Dios, y admira por otra los excesos de humildad y obediencia que prestó Jesucristo á su eterna Padre, entregándose á la muerte para darnos la vida, y me persuado que esta consideración la lleva á abrazarse de caridad para con el Padre, que ha entregado á la muerte á su propio Hijo, y á encenderse en amor por Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz para librarnos y salvarnos. « Hé aquí cual debe ser la disposición y la preparación del que quiere participar del cuerpo y sangre de Jesucristo. »

¹ Math. xii, 6.

² I Cor. xi, 29.

CONTINUACIÓN DE LA MISMA MATERIA

Vamos á resumir en este capítulo algunos otros puntos de la disciplina que se observaba en los monasterios de san Basilio, y despues daremos una idea de las virtudes religiosas, de que trata más extensamente en muchos pasajes de sus *Ascéticas*.

1º DEL HABITO RELIGIOSO. — « Debemos, dice, practicar la humildad en la manera de vestirnos, así como esta virtud nos inspira la sobriedad y mortificación en el alimento. El estado que hemos abrazado nos enseña á rebajarnos á los demás. Es preciso, pues, poner nuestra gloria en vestirnos más pobremente que los demás ; porque el que por la profesión de la humildad se reduce al último rango, debe ser el último en la manera de vestirse. El apóstol san Pablo dice : *no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á los humildes* ¹. ¿ A quienes, pues, debemos asemejarnos ? ¿ á los que viven en las cosas de los reyes y en los palacios, á los que visten con lujo y ostentación, ó al precursor de Jesucristo ? Los antiguos profetas estaban cubiertos de pieles, y san Pablo nos enseña, que, *teniendo con que sostenernos y con que cubrirnos, contentémonos con esto* ² » con lo cual nos demuestra que sólo tenemos necesidad de cubrirnos, y que la diversidad de vestidos y de adornos no sirve más que para satisfacer el lujo. Así es que en un principio no dió el Señor otros vestidos á los hombres, que pieles de animales. Pero como al mismo tiempo necesitamos los vestidos para preservarnos del frio, preciso es que llenen estas dos condiciones : que

¹ Rom. xii, 16.

² I Tim. vi, 8.